

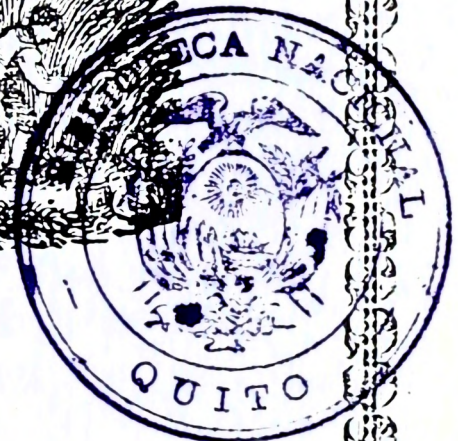
# ANECDOTAS CURIOSAS

DEL ESPIRANTE

SIGLO XVI.

SEGUNDA.

*L. E. de los M...*



QUITO.

Imprenta de Juan P. Sanz.

1891.



## OTRA CONVERSACIÓN.

---

Impresionadas sobre manera quedado habían, casi todas las señoritas terciarias, con las instrucciones y noticias que oyeran á la sesuda anciana en la anterior conversaci6n; y sumamente deseosas andaban de entablar una nueva parla con ella, y mucho más cuando refiriendo en sus casas, á sus tíos y abuelitos, algunos trozos del razonamiento de la señora, ellos les aseguraron que todo era verdad, aunque amarga. Así, pues, no malograron la primera oportunidad que se les vino, para pedirle que cumpliera la promesa que les tenía hecha de volver á referirles cosas curiosas, y tratar de importantes asuntos sobre moral y costumbres. Con el mejor agrado accedió la terciaria anciana, á la primera insinuaci6n que le hicieron, contestando que estaba pronta para cumplir la promesa y complacerlas, que no tenían sino fijarle lugar y día; en consecuencia designaron la casa de una de ellas, situada al frente de la en que habitaba la señora, convinieron también en el día y hora.

Llegado al fin el deseado día, que fué el domingo de Pascua florida; pues en el tiempo de cuaresma no fué posible, por cuanto todas se hallaban muy ocupadas en las distribuciones de las iglesias. Llegado, decíamos, el día señalado, muy diligentes concurren, no solo las terciarias, sino también otras muchísimas personas que, curiosísimas de oír á la señora, habían suplicado se les avi-

sara el momento de la reunión. Congregadas ya en una aseada y cómoda sala, aguardaban impacientes á la señora, la cual no se hizo esperar, entrando al punto de la hora prefijada. Así que se presentó, recibieronla todos con la mas fina cortesía, amabilidad, y afectuosas manifestaciones propias de señoritas de esmerada educación, y muy bien merecidas por tan respetable y culta matrona. La abrazaron é hicieron sentar en un magnifico sillón, que de antemano preparado estaba

Pasados los cumplidos de urbanidad, todas atentas y ansiando entrar en el asunto; una de las jóvenes terciarias que estuvo en la conversacion pasada, dirijiole la palabra, diciendo: muy complacidas estamos, mis amadas amiguitas y yo, por que nos hemos convencido que todas las cosas, de que nos hablasteis el otro día, son positivas y que de la verdad no habeis faltado un ápice. Hemos tocado con muchas personas de aquellos tiempos, y muy caracterizadas, algunas talvez de más edad que la vuestra, ellas nos han aseverado ser positivo cuanto nos dijisteis, sólo sí, que algo corta pareceis en algunos puntos, que otras muchas cosas se habian pasado en alto; pero que les agradaba muchísimo vuestras opiniones en los asuntos que tocasteis. Perdonadnos, á mis compañeras y á mí, que entonces no estuvimos por creer algunas cosas, por que oyéndolas por primera vez, los conceptos que con tanta franqueza emitiais, nos parecía que podrían ser errados; mas ahora que lo hemos consultado, examinado y hasta observado, os damos gracias por vuestros sabios avisos, y esperamos disimules nuestro tan desacertado juicio. Todas aprobaron estas expresiones, asegurándole eran del mismo parecer que acababa de manifestar su compañera.

La Señora contestó muy agradecida de todas; díjoles que nada tenía que perdonarles sobre el

concepto que al principio habían formado de ella; porque esa libertad tenían todos, para formar su juicio é inquirir la verdad, y correjirse una vez conocida, que en esto consistia lo que se llama tino, prudencia y providad. Ahora, añadió, me complaceré hablándoos sobre lo que más intereseis oír mi opinión, que la emitiré con la misma franqueza que siempre, lo que os suplico sí, no creáis que lo hago por vanidad, ni por el prurito de hablar; flaqueza que, no sin razón, suele achacarse á nuestro sexo; sino llevada tan solo del amor á mi patria, y del vehemente deseo de su felicidad, la que no se consigue sino con la moralización de las costumbres.

Dos de las interlocutoras le dijeron que, como cosa del día, deseaban saber el concepto que había formado de la obra de la paisana Marietta Veintemilla y de las refutaciones que le han hecho, particularmente la del Dr. Juan B. Vela, puesto que este Señor habla de dicha paisana con esa mordacidad que le es característica, emitiendo majistralmente su juicio; y como tiene la nombradía de periodista, queremos nos diga U. su parecer:

Creí trataríamos de alguna otra cuestión; repliqué, pero ya que deseáis oír mi opinión sobre este asunto, en el que se habla nada menos que de una muy estimable y simpática quiteña, permitidme un instante, mientras vuelvo de mi habitación trayendo unos apuntamientos que sobre esto he borroneado. Mas os antepongo que, la defensa, no solo se reduce á la autora, sino á todas las señoras y señoritas nuestras compatriotas; en una palabra, del que con razón se lo llama bello sexo; yo, ya por mi edad no puedo ser bella, ni jamás lo he sido; pero, el sexo á que pertenezco no sólo es bello, sino bellissimo, digno de las consideraciones de los hombres cultos. La palmotearon todas, y salió; po-

cos momentos después volvió.

Aquí tenéis, lo que he escrito sobre el particular, os lo voy á leer; pero si mientras leo deseáis os explique algo, preguntadme con franqueza. Luego manifestó que por desgracia hay hombres tan inciviles y mal intencionados que tratan á la mujer peor que los jíbaros ó los salvajes de las selvas del Amazonas; y lo más reprehensible es, que se precian y jactan de su miserable insensatez. Acción humanitaria es procurar que los tales entren en su deber.

Dió principio á leer lo siguiente:— Hemos visto algunas contestaciones á las *Páginas del Ecuador*, obra escrita por nuestra recomendable paisana Señorita Marietta Veintemilla; pero nos ocuparemos primeramente de la del Dr. D. Juan Benigno Vela. Nuestro juicio es, que este sujeto, como todos lo saben, siendo absolutamente ciego y completamente sordo, tiene también imperfectos ó dañados el tacto y el gusto habiéndole quedado tan solo un residuo de olfato. Estándo por la naturaleza íntimamente relacionados los cinco sentidos, se ayudan mutuamente unos á otros: habiendo perdido los dos mas importantes para el conocimiento de las cosas que nos rodean y formar idea exacta de ellas, claro se está que los otros sentidos sufran tambien á su vez deterioro; por consiguiente cuanto el ser, así desperfecto, piense ó diga, debe adolecer de la imperfección del organismo que las concibe. Esta es una verdad tan palmaria que no necesita ninguna filosófica demostración; porque los hechos la están probando hasta la saciedad todos los días y á cada instante.

Dice Flammarión: “Nuestro organismo terrestre puede compararse á una arpa de dos cuerdas, que son el nervio óptico y el auditivo.” Luego rotas esas cuerdas, el arpa no trina, no sirve ya para tocarla; solo se presta para alentar. Vela está en

las condiciones de esta arpa, arpa que ya no suena ¿talves la han pulsado manos *kellyanas*?

Arpas, en las cuales, según los tiempos con entusiasmo risueño suenan el *alza* ó el *costillar*, ó con grande garvo se tocan canciones de fuerza contra los déspotas ó tiranos, y levantando el temple, sube el tono de las poesias sarcásticas contra los ladrones y pícaros; y de improviso dan tonos contrarios, ó se enmudecen, despedazándose las cuerdas y rebentándose por haberlas pulsado talvez manos plateadas ó doradas, administrativas; son arpas construidas con maderas no incorruptibles como el évano ó el cedro fino, sino con palos de balsa. ¡Estas arpas son arpas que dan lecciones de tristes desencaños!

A esto atribuimos que haya perdido los estribos, como dicen, al contestar á la bella é inteligente compatriota. En lugar de argumentos racionales, le ha colmado, como ridícula placera, de insultos, ó mejor dicho como mulo hidrofóbico le dá coces; cuando plumas extranjeras, de alta importancia, la ensalzan y colman de elogios. También algunos compatriotas, y verdaderos patriotas, inteligentes y cultos que saben las consideraciones que se merece el bello sexo, aun cuando cometa faltas, si le hacen algunas observaciones, pero con civilidad y cultura, y tributándole merecida alabanza. Así es, Sor. ciego y sordo como tratan á la mujer los que tienen los sentidos cabales, sin ninguna lesión, puesto que perciban con perfección y claridad como son las cosas. Vela para justificar su virulento escrito, la procacidad de que se ha servido, se funda en que habiendo escrito contra los señores Carbo, Valverde y Alfaro debe aceptar las consecuencias; y partiendo de este peregrino concepto, se lanza á hacer la defensa de estos sujetos, prodigando injurias sobre injurias, á la señorita. Estas son, en verdad, las con-

secuencias á que se ha expuesto esa recomendabilísima paisana, de los que tienen perdidos los sentidos; pero no de los que teniéndolos perfectos, cuentan con ellos el alma y el corazón para funcionar de un modo digno y perfecto. Las consecuencias para estos serán las razones limpias de torpes diatribas, de invectivas ruines, de risibles amenazas.

La defensa que hace, esa célebre ecuatoriana, con tanta gracia, precisión, tan fundada, y con la lógica que no se le hubiera ocurrido á un hábil jurisconsulto, elogiada por los que no tienen liciados los ojos y el oído; le ha irritado su nocivo humor, porque habiéndosele desperfectonado el sentido del gusto solo traga alimentos groseros.

Vela debe volver en sí y decir: pequé, Dios mío contra Vos, y me privasteis de la vista y del oído y siento se van extinguiendo poco á poco los otros tres sentidos, por eso ya no huelo, ni palpo, ni gusto con la perfección que solía antes de haberte ofendido: no me castigueis reduciéndome al estado de autómata, ó al del arpa de Flammarión con las cuerdas arrancadas.

Vela asegura que el fallo contra Veintemilla está dado por nuestro recomendable compatriota Don Juan Montalvo; alega esto por un famoso argumento. ¡Cáspita! qué argumentote, Seor don Benigno! ¡Qué razonsota tan oportuna! tan feliz, capaz de dejar estupefacto á cualquiera que no tenga ojos ni orejas! Ese fallo segun Ud., habría pasado en autoridad de cosa juzgada, haciendo lo blanco negro y lo negro blanco; mas para los que tienen los sentidos completos, esa autoridad no es absoluta y los fallos de ese compatriota no son los del último tribunal; hay el supremo, el de la opinión de los hombres sensatos, sin vanidad ni orgullo, causa primordial de miles de miles de errores y des-

atinos, á más de los que, por su flaca naturaleza, es susceptible todo hombre, aun cuando tenga un cerebro privilegiado y muy perfectos los sentidos.

¿Ha probado, acaso, Vela que Montalvo fué infalible, y que estuvo escento de pasiones? . . . Pero, aquí nos contendremos: fué nuestro compatriota, acordémonos de las raras prendas que lo ennoblecían y harán inmortal su nombre y echemos al olvido sus errores, sus grandes y graves faltas. No hay hombre Sor. Vela, que en este pícaro, feo y triste mundo, no hubiese cometido acciones reprobables y otras muy buenas: cuando éstas, puestas en la balanza de un juicio recto, pesan más que aquellas, es el hombre bueno; y, si aquellas no se le encuentra, por mas que se las busque, el hombre es virtuoso, sabio ó santo.

En mi opinión, señoritas, sólo tres hombres habido en el mundo verdaderamente sabios: Adán, Moisés y Salomón; y ni éstos se escaparon del funesto tributo de errar. Erró Adán, y ¡qué error! labró su desgracia y sumió en un abismo espantoso de desdichas á toda su posteridad; erró Moisés, y se privó de gozar la felicidad que le ofrecía la florida tierra de promisión; erró Salomón, y erró tanto hasta que al fin ostigado, admirado, desengañado, arrepentido, desde el cieno en el cual se revolcaban su alma y su cuerpo, levantando los ojos al cielo, dejando de tenerlos fijos en el fango de las cosas transitorias, exhaló un quejido pronunciando aquella sentencia sublime: *vanitas vanitatem et omnia vanitas!!* ¡Ah! quisiera que esta sentencia propia de un potentado sabio, desengañado y convertido, la tuvieran á la vista los gobernantes, para no ser tiranos, asesinos, expoliadores, destructores de los pobres pueblos que caen en sus manos; los sacerdotes para que no busquen con ahínco los tesoros de la tierra; los ricos para que



en su alma y en su corazón toque el melancólico sonido de los ayes y suspiros del menesteroso, y compadecidos y enternecidos enjuguen sus lágrimas, y se libren de la terrible sentencia del Salvador: “más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja que el que un rico se salve: y fuera muy bueno que todo soberbio y vano la repitiera sin cesar, para no ultrajar el mérito ajeno; y el Señor Vela, para no ser hablador presuntuoso. Si estos tres prominentes sabios erraron ¿sería infalible nuestro compatriota Montalvo?

Uno solo, entre los nacidos, no tuvo sombra alguna de error, este es el Mesías, el sublime Salvador del mundo, el santísimo y divino Jesús, porque siendo hombre es verdadero Dios; por consiguiente la sabiduría misma y la verdad en esencia, no ha podido errar jamás; y todo lo que hizo, todo lo que enseñó, todo lo que estableció, llevan el sello de la infalibilidad eterna. De aquí resulta, que sus preceptos, su doctrina, su Iglesia existen y serán eternas, porque su Soberano Autor las conserva y conservará por su bondad infinita, por su sabiduría sin límites, por su poder sempiterno.

La obra sublime del Ser Supremo, no ha necesitado, ni necesitará jamás para subsistir gloriosa, de los anatemas, de las estorciones, de los horrores que en su nombre han cometido los fanáticos, sean de la clase, ó condición que fueren, sacerdotes, emperadores, reyes, presidentes ó simples ciudadanos; mucho menos de esa chusma de hipócritas abandonados que quieren ejercer apostolado, solamente con miras proditorias bajo diversos y ridículos títulos. Miserables, ellos sucumbirán bajo el carro del progreso, en cuyo delante, la enseña redentora de la cruz, marchará siempre gloriosa y triunfante.

Mucho más torpe es el empeño necio de los impíos y radicales que en su soberbia piensan vulne-

rable la obra santa del Omnipotente. Los conservadores destruyen, despedazan por conservar, lo que ya no puede ni debe existir; aquellos, destruyen por aniquilar lo que debe existir eternamente: ambos son los verdaderos polillas, los nocivos microvivos ó basilus que atacan la salud de la sociedad y la vida de los estados.

Los liberales genuinos respetan, defienden con firmeza lo que es y debe ser eterno indestructible, como las obras del Salvador; porque son de absoluta necesidad para la conservación y felicidad de las naciones: se empeñan en las reformas de cuanto sin ellas son ó llegan á convertirse en perjudiciales; y procuran, como es razonable, hacer desaparecer ciertas costumbres que se han vuelto nocivas ó inútiles. Este es el modo de avanzar de adelanto en adelanto, sin desórdenes, sin violencias, sin escándalos, sin calumnias, ni crueldades; conduciendo las naciones al verdadero progreso por las leyes naturales á que irresistiblemente tienen que someterse todas las familias del género humano. Nada destruyen, nada despedazan; conservan con tino, con prudencia lo que debe conservarse: son los verdaderos médicos higienistas de las cosas santas de la sociedad.

Lástima grande es, que un sujeto de tan reelevantes prendas, como el Señor Pedro Carbo, al terminar su importante existencia pagó ese fatal tributo de la humanidad, errar; yerro que, en su intachable vida, es una mancha con que pasará su nombre á la posteridad. Errar es propio del sabio: dice un proverbio. Creemos sí que la exaltación de la pasión política y las sugestiones de los malos de quienes tuvo la fatalidad de ser rodeado, le hicieron firmara ese decreto ominoso pibando del derecho de sufragio á los liberales, sus compatriotas vencidos, víctimas de alevosas traiciones y ruines manio;

bras. Sí, Carbo fué complice de esa injusticia, obra digna tan solo de los corifeos de un partido pérfido, y á quien el mismo Dr. Vela y compañía han denigrado, despues que le hicieron hombros; pero desengañados por no haber podido conseguir la lonja ambicionada, le han colmado y continuan afrentándole con diatribas mordaces, hasta que les arrojen un mendrugo de la Tesoreria, con lo que no solo enmudecen, sino que se convierten en ciegos defensores. Este es un hecho que se palpa, pero que habla muy alto contra el oficioso defensor y su pésima defensa de aquel patricio digno de mejor abogado, y del detractor de esa joven compatriota, que merece un impugnador mas aseado.

Hablando del hecho del General Veintemilla de haber mandado vapular al estimabilísimo señor Valverde, tan mala y pésima defensa hace Vela y le reprueba en términos tales, que casi viene á justificarle, como lo describe, hubiérase manchado el señor Valverde, haciéndose autor de infames calumnias parapetándose tras el ruín y sucio pasquín. Segun el defensor del señor Valverde quedaria justificado ese hecho, caso de ser cierto lo que asevera la autora de las "Páginas del Ecuador." En definitiva, la cuestión viene á versar en que, si es ó nó verdad que el señor Valverde se sirvió del execrable pasquín: si el hecho es cierto, el defensor legaliza la flagelación; si es falso, Veintemilla carga sobre sí esa afrenta.

Estimo mucho, muchísimo, al señor Valverde, y deseo de corazón no hubiese incurrido en una vileza digna tan sólo de un Chavetas; y si, por una de esas aberraciones de la humanidad flaca, cometió la falta de valerse de la calumnia tras el pasquín para difamar una familia, no merece se le defienda.

La buena terciaria suspendió aquí la lectura y dijo: me parece oportuno referiros aquí, dos hechos

en sí muy triviales, pero significativos:

Pasé por la Alameda, hará unos seis días, entre las doce, á la praderita del Belén; allí una burra comía la alfalfa que su dueño le echara; acercose un burro, que por ahí pacía, é iba á tomar un bocado, la pollina recibióle con fuertes coces. El asno, en vez de irritarse, levantó la cabeza la miró con aire bondadoso, como si le dijera: tú te enfadas y me hieres tan rudamente por tan poca cosa; pero al cabo eres hembra, te perdono, y se alejó paso á paso.

Distraída con distintas impresiones, volvía por la vía llamada Guanga-calle, cuando miro dos gallinas que peleaban, con esa furia con que se agarran las mujeres de la plebe irritadas por los celos, se arañan, se engarzan de los cabellos y se revuelcan por el suelo. Un gallo, así que las vió en volandas se pone al medio de ellas, á la una y á la otra les tiende el ala en ademán de separarlas y ponerlas en paz. Una de ellas, muy rabiosa, ciega de colera, como suele decirse, arremete al gallo, tómale de las barbas y le *zamarrea*, en estilo de galeros, el gallo agachó la cabeza sin ofender á la gallina, y así que ésta le suelta, le tiende el ala y canta. Camina unos pasos y encontrando unos granos de trigo, llama á la gallina, ésta se los come todos, sin que el gallo tomara uno solo, y vuelve á cantar cuando vió que acababa de engullirlos.

Amadas amiguitas, disimuladme, pues me viene la tentación de preguntar al señor Dr. Vela: ¿siéndole Ud. burro qué hubiera hecho con la burra? Sin duda que le hubiese dicho: borrica infame, yo me acerqué á tí, con afabilidad, á participar de tu manjar y por tan leve cosa, tú has tenido la grosería de darme patadas, has obrado así, pues aguanta las consecencias; y le habría dado coces, tarazcones, manotadas y hecho otras iniquidades con ella.

Y hecho gallo, ¿qué haría á la gallina? ¡Ah! atrevida, le diría, me has perdido el respeto agarrándome de las barbas y dándome golpes, haz dado este paso, aguanta las consecuencias; y tomándola del copete, le hincaría los espolones en el buche y las pechugas.

¿Cuál comportamiento es más noble, decente, generoso, más digno de aplauso, el de esos animales con sus hembras, ó el de Vela con el sexo delicado, según su lógica de las consecuencias?

¡Ah, amiguitas! verdaderamente es una fatalidad que á fines del siglo XIX, haya entre nosotros hombres á quienes los irracionales den lecciones de delicado miramiento del fuerte hacia el débil. En este tiempo en que la civilización apoyada en el Evangelio, ha elevado á la mujer al rango que la Eterna Sabiduría le señaló, En el sexo masculino hay ciegos que habiendo abjurado la fé, quieren en todo semejarse á los paganos.

Voy á referiros dos hechos que muy oportunamente vienen al caso: me los refirieron el administrador y los mayordomos de Guachalá, una ocasión que estuve allí

Cuando una manada de ovejas es acometida por los buitres ó los lobos, se reúnen todas, y con valor increíble defienden á topetadas, ovejas y corderos, á los corderillos hasta auyentar á los agresores; y cuando en algún páramo son perseguidos algún ternero ó vaquilla, por un leopardo ó una bandada de buitres, vacas y toros que alcanzan á oír el balido de la víctima, á carrera suelta concurren al paraje donde ésta se halla, y formando un círculo en torno del agredido, con ira los libertan de tales enemigos.

Nosótras ¿no imitarémos este hermoso ejemplo de protección mútua, cada vez que sea ofendida una de nuestro sexo? y mientras más desvalida sea

no es más sagrado el deber de protegerla? ¿No nos ayudarán en esta operación nuestros hermanos, como lo hacen los toros, cuando seamos ofendidas por buitres, lobos ó leones que andan en dos piès? ¿Qué nos está sucediendo á la presente? Aquí, allá jóvenes perversos arrebatan las hijas de familia seduciéndolas criminalmente. Por ahí, por aquí escritores sin patriotismo, groseros, sin educación verdadera se proponen con irritantes insultos dañar el mérito de una compatriota; por el oriente, á nuestras sencillas, inocentes, desgraciadas hermanas, bajo la férula del látigo. En las ciudades se arrastra y conduce á empellones, á la desgraciada mujer por un comisario ó un polizone cualquiera. En las plazas de vendimia, se vapula, se estropea, se baraja en distintas direcciones, á esas mujeres que se ocupan en desempeñar la más importante de las operaciones del comercio, sin la cual, los pobres, que siempre es el número mayor en las poblaciones, no podrían proporcionarse el sustento diario, y aun la clase acomodada no obtendría muchas de las ventajas de que goza. Unámonos, amigas mías, echemos á dos manos lodo á la cara de los que tales agravios infieren al bello sexo: quejémonos con ánimo resuelto, hasta que nuestros alaridos sean oídos y atendidos por nuestros hermanos verdaderamente civilizados, que por fortuna no faltan. Esperemos en el actual Jefe del Estado, cuyas bellas prendas dan esperanza de que no terminará su periodo sin poner un remedio á tanto mal, y no dejará el puesto á que lo elevaron sus conciudadanos, como lo dejaron sus antecesores lleno solo de funestos recuerdos.

Esto que acabo de exponer y las reflexiones que de ellas se deducen, sirvan de contestación á todo incivil contra el bello sexo; y deben tener entendido, que las injurias de los necios son regalos para

el mérito y sus alabanzas ofende y mancillan; no merecen contestarse las unas ni aceptarse las otras.

Todas la palmorearon y la vivaron.

Proseguiré, queridas mías, la lectura de mis borroneos. En otra ocasión os referiré un curioso pasaje acaecido en esta ciudad con una bella quiteña y un sujeto de alta valía, extranjero.

Querrá acaso, el Señor Vela saber nuestra opinión, para qué clase de facinerosos debe imponerse la pena de látigos? Quiero exponérsela, sin temor de equivocarme; ni menos que la reprobé ningún hombre sensato y moral, que tenga los sentidos completos. La pena de azotes debe sancionarse para los hipócritas, para los traidores y para los pasquineros.

Se presenta un hombre cabizbajo en las calles y plazas, haciéndose cruces por todas las partes del cuerpo, rezando en donde puede ser visto: habla de Dios, de Jesús de su Santísima Madre, á cada hora, á cada instante; al saludar, suspira é invoca estos sagrados nombres; habla de la Iglesia y sus pastores arduosamente, sacándose el sombrero; echa pestes contra herejes é impíos que la combaten: entra en los templos persignándose con el agua bendita, bañándose la cara con ella, llega á los altares los besa, se postra, se pone en cruz, haciendo demostraciones de estar compungido; y en una palabra, persuade que es un santo, un ángel.

Confiada en esto, una viuda le encarga sus negocios asegurándole que sus virtudes le llevan á hacer en él esa confianza; porque teme que otro abusando de su desgracia, de haber quedado sin la protección y apoyo de su marido, la dejará en la miseria con sus ocho hijos tiernos, y que en él deposita toda su confianza. Le nombra apoderado, le entrega el testamento y documentos de crédito, y sus bienes todos para que los dirijiera. Él

ofrece cumplir con toda exactitud y honradez tanta confianza, asegurándole que si así no lo hiciera, Dios le castigaria haciendo bajar un rayo del cielo. Al día siguiente, en presencia de la pobre viuda, confiesa y comulga.

Luego comienza á desarrollar todo su plan infernal para apoderarse de todo. No nos detendremos en relatar las infamias, las perfidias que puso en juego. Dentro de poco tiempo hízose dueño de toda la fortuna de esa desgraciada familia, y redujo á la miseria viuda y huérfanos, que perecieron de enfermedades y de hambre. Talvez esto parezca una pintura exagerada. Nó, estas y otras cosas mas han hecho y hacen continuamente ciertos fariseos hipócritas. ¿Qué pena para estos infames? Látigo, señor Vela.

Una nación hállase amenazada de una guerra injusta por un vecino soberbio y pretencioso; prepara para defenderse un ejército competente. Confía en sus capitanes, en los hijos que han vivido del tesoro, pónelos á la cabeza de ese valiente y bien disciplinado ejército. Marchan, y puestos una vez al frente del enemigo; sacrifican una gran parte de las tropas por su estulta impericia; huyen cobardes, ó escondidos lejos del peligro, aguardan que los soldados por sí venzan, para salir del escondite, recibir las coronas del triunfo y aplausos de la victoria, y pavonearse en las calles y plazas, como no lo hicieron Alejandro, el Cid ó Napoleón: otros mas infames, buscando el medro se pasan. La patria de esos malvados viene à ser debastada por enemigos bárbaros. ¿Qué pena merecen esos perversos, esos facinerosos que la vendieron? Látigo señor Vela. U. dirà, nó, deben ser quemados vivos, y sus cenizas arrojadas á los vientos. Nosotros decimos, nó; látigo y más látigo: luego oirá nuestras razones.

Un gobernante es invitado por los que le rodean



á dar un mal paso. Unos dándose de amigos íntimos le persuaden á ello: él resiste, pero le instan, le porfian; y aunque los leales y verdaderos amigos le hacen ver los inconvenientes, tales son las exigencias, las instancias, que lo resuelven. Da el fatal paso; les toma juramento de apoyarlo, de sostenerlo; ellos se lo juran, asegurándole derramarían la última gota de su sangre por él y su causa. Anda el tiempo: confiando en tales promesas y juramentos, nombra á uno de ellos de Delegado, á otros de autoridades, á aquellos de generales &c. &c. para sostener y defender la causa, y espera sean cumplidas tan ardientes, entusiastas, juradas promesas. Mas estos se ponen de acuerdo con los enemigos del mandatario: fraguan una revolución; animan hasta á los cobardes á lanzarse en élla: hacen el papel de defender la causa: por insignificantes que son las fuerzas de los revoltosos no las atacan, las dejan crecer, pasar y pasar proporcionándoles armas, municiones, avisos y consejos.

Alentados los rebeldes, empeñan una batalla: los leales, valientes soldados del engañado, combaten con increíble denuedo, sin jefes, y casi sin oficiales, porque esos traidores fugaron ó se ocultaron. Animados con el ejemplo y exhortaciones de una intrépida jóven, que acompañada solo del honrado, importante é instruido Gobernador, dos hijos de éste, y dos jovenes denodados, el uno jefe, y doctor el otro, rechazan con brio y derrotan á cinco generales. Aparecen por el Norte, otros generales, los desbandados se rehacen. La joven y sus compañeros cobran brios; animan á sus valientes soldados, y éstos más resueltos y entusiastas se prometen no cejar hasta vencer.

Sobreviene la noche, los soldados extenuados de fatiga, se reconcentran al palacio: la joven dispone con maestría para dar un asalto al emigo y obtener

el triunfo, que lo obtuviera, porque sus soldados no habían perdido un ápice de su entusiasmo y de su valor, y muchos de los enemigos habían desertado. Acepta la joven la invitación astuta, meditada con los revolucionarios, que le hicieron ciertos individuos á comer ó tomar café; la llevan á su casa junto con sus compañeros y amigos. Un etiope bozal, que por una de esas aberraciones de la humanidad había llegado á jefe, y se hallaba comandando la fuerza que guardaba el palacio, aprovecha la ocasión y abre las puertas, y entrega, edificio, soldados, armas y todo á los enemigos que, sin duda apoyados en previo convenio, se agruparon á las puertas sin temor á las ametralladoras, que podían volverles cendales; como lo iba á ejecutar un sarjento valiente y leal á quien el negro jefe impidió. Consumada la traición, el nuevo Judas corre al encuentro de la joven heroína que regresaba á su fortaleza: con satánica sonrisa, y procurando sincerarse, le refiere lo acaecido. La joven, al primer golpe conoce la felonía, arrebatándole la fra, levanta la mano y sienta un bofetón al mulato, diciendo: ¡infame, zambo cobarde, traidor! Vuélvese la joven, y con ella sus parientes y más que la acompañan, hácia los amigos que acababan de agazajarlos, buscando asilo; estos, simulan ampararlos, y muy luego los entregan á los enemigos y arrojan fuera los soldados vencidos á traición, que, demandando amparo, habían refugiádose en su casa. La joven, y dos respetables matronas, sus tías, son encerradas en un cuartel, el leal Gobernador, sus dos valientes hijos, los pundohonorosos jefes, muchos patriotas y honrados jóvenes son sepultados en las mazmorras de un presidio, cual atroces foragidos; van á ocupar el calabozo, digna morada de muchos de los vencedores, donde habían habitado hasta la vispera expiando, por justa condena, sus abominables crímenes, y de donde ese día salieron

asesinando á sus guardianes para engrosar las filas de los que, en nombre de la Religión, el Derecho, la Libertad y la Patria, venían á restaurar sus antiguos empleos y sueldos, y para perpetuarse en su goce, trayendo el restablecimiento del terror con su séquito de patíbulos, grillos, látigos, calabozos y destierros; protegidos por la delación, el espionaje y la calumnia; y todo cubierto con el manto del fariseo. Los soldados leales, arrojados del asilo de quienes pensaron debían guardarlos por compasión y caridad, cayeron en manos de sus caribes vencedores, genízaros de la restauración del imperio de las venganzas, la crueldad y el terror; algunos fueron asesinados, los demás sepultados en horrosa prisión, donde perecieron muchos consumidos por el hambre y los tormentos. Varias casas, y mas bienes, de los tan inicuaamente así vencidos, fueron entregados á sacomano por el pillaje de los mercenarios aventureros, merodiadores, dignos defensores de tal causa.

—¿Qué le parece Dr. Vela este rasgo histórico? Quienes son responsables de tanta calamidad, de tanta sangre, de tantas lágrimas? Los ambiciosos, pérfidos traidores, viles, cobardes, que no pudiendo cumplir sus ofertas, porque tropezaron con la lealtad de la tropa y el valor de la joven Veintemilla, fueron culpables aún de las pérdidas que tuvieron que lamentar los mismos vencedores que confiaron en esas promesas.— ¿Qué pena merecen estos facinerosos? Látigo! Sr. Vela!

Cuando mandaba Veintemilla, hubo uno de esos importunos parásitos de los mandatarios, que visitaba cuotidianamente á ese General y su familia, asegurándoles y repitiéndoles incesantemente ser su más fiel amigo; se derretía en encomios á la Señorita Marieta, elevando y ponderando las sin iguales dotes y cualidades de la joven, y

haciale mil promesas de amor y fidelidad. La familia correspondía generosamente concediéndole placentera cuanto servicio le pedía. Creyéndole leal y amigo agradecido, le consultaron su opinión sobre si sería ó nó conveniente aceptar el proyecto que tenían muchas personas notables de las provincias de reelegirlo, aun cuando la Constitución lo prohibía. Que tal hecho le repugnaba; pero que eran tales y tantas las exigencias que se le hacían y las circunstancias en que le habían colocado los enemigos, los radicales, aquellos mismos que le invitaron y comprometieron para la transformación del 8 de Setiembre, y la guerra que le hacían con los conservadores, á quienes no debía cederles la autoridad de ningún modo, ya que sostenía la causa liberal, que no sabía que resolución tomar, y deseaba oír el parecer de los buenos amigos como él era. Este, levantándose del aciento le dijo: no vacile U. por que es lo que le honrará, y en la estrecha situación en que le han puesto los hipócritas conservadores y los impíos radicales, al país lo librá de sus nocivas garras. Temo, le contestó Veintemilla, y pensaré mas tiempo.

El General Veintemilla dió al fin el fatal y reprensible paso que lo hundió, y el que en verdad no lo daría, si hubiera escuchado el parecer de los verdaderos amigos. Triunfa la revolución: el aconsejante y paniaguado fué uno de los miembros de la convención que se formó. Escuchando las opiniones crueles que cada colega hacía contra los liberales vencidos, unos de que se los fusilara; otros, que se les condenara á destierro perpetuo; aquellos que se les prive del derecho de sufragio; estos, que devuelvan los sueldos; esos, que se les reduzca al panóptico; otro, medio cristiano, medio hereje, medio mazón, medio conservador, medio liberal, medio en todo, en nada entero, una fiera mixta, de la que

tocaremos en otra reunión, dijo: á los picaros veintimillanos no les alcanza ni las bulas de composición. Como esto, mas que las otras crueldades, festejaron como feliz ocurrencia, lo mismo que la de los fariseos, de zotana que era preciso cubrirlos de anatemas, se paró y dijo: Sr. Presidente, yo fui consultado por ese bribon de Veintimilla si debia ó no dar el golpe que dió, y sin vacilar le aprobé lo diera pronto, por que conocía ser el medio seguro para safar de ese pícaro. Todos aplaudieron la feroz felonía del que tal cinismo tuvo para referir una acción tan vil creyéndola de un político consumado; de suerte que puede decirse: que ese traidor, con acción tan negra, se recomendó ante las feroces fieras, para que le premiaran, como en efecto premiaron su perfidia con la lonja que buscaba. Solo uno hubo que espantado de la ferocidad que dominaba en los de la asamblea, se resolvió volver por las victimas, y, casi lo devoran. De este sujeto justo y republicano, con agradecimiento tocaremos en otra ocasión y espresaremos su nombre con recomendación ¿Que merece ese traidor Sr. Vela? U. dirá, que le escupan en la cara: nosotros decimos: látigo, Sr., como a un traidor.

Hubo otros que se preciaban ser muy leales amigos de ese General y su familia. Cuando triunfó uno de ellos esto es, no él sino los valientes leales soldados, por que él bien hubieralos entregado con armas y municiones; y después, cuando el triunfo del delegado en Cayambe, otro que por solo el temor de la fiel tropa, no hizo alli mismo de las suyas, lo mismo que sus generales; corrieron al palacio, ellos, los primeros á dar las noticias de esas victorias, con demostraciones de grande júbilo; vivaban al jefe Supremo, daban, con acciones de regocijo, el parabien á Doña Marieta y sus tias; dijeron lo que quisieron, contra los revolucionarios, y se despidieron

haciendo mil ofrecimientos de atención y lealtad. Estos castreces, al día siguiente del triunfo del 10 de Enero, vivaban á los restauradores en contra de los mismos por quienes echaban vivas pocos días antes. Se mezclaron con los Chavetas y compañía; y muy luego, por tan generoso comportamiento se les ha visto ocupando los destinos que solo debe darse á la verdadera honradez. U. Sr. Vela aprobaría la conducta de estos descarados poligonos con dos, tres, cuatro veces cara, de la casta de gitanos? Estamos seguros que U. dándoles de bofetones los mandaría á su casa. Nosotros, con respecto á estos decimos: que los pondríamos de legos en un convento; y he aquí el motivo que nos hace variar de opinión. Se cuenta de ciertos legos que el día del capítulo para elegir Provincial se preparaban con voladores, cohetes y camaretas, corrian por los claustros del convento festivos y enojados; preguntándoles ¿cuál es su candidato? respondían, ahora lo verán. Sale elegido el Sr. Pedro sueltan los voladores, revientan cohetes y las camaretas, y gritan ¡viva y viva nuestro candidato! ¡triunfamos, triunfamos! Exitan á los muchachos á la algazara de los vivas, y allá va la música y alegría. Llega el rato de rendirle obediencia, entran á la selda del nuevo Provincial, se postrian á sus piés, besan también las manos una y mil veces; y levantándose le felicitan por el triunfo que han obtenido por medio de las oraciones fervorosas que han dirigido á todos los Santos, en particular al Santo de la orden: lo abrazan, y salen brincando, gritando victorias, y ordenando á los muchachos repetir los voladores, cohetes y camaretas y repicar las campanas ¿Vea U. Sr. Dr. Vela, si esos gitanos no son mas al propósito para legos de un convento que para pertenecer á un partido de hombres de honor? ¿y vea si son dignos de ocu-



par los puestos públicos? ¿Que confianza pueden inspirar cuando tengan que conocer y resolver cuestiones comprometidas? ¿Será honroso á una nación que estos ruines obtengan como premio de sus viles acciones los puestos públicos que solo deben servir para premiar la dignidad, el honor y la brillante fama? Con qué se compensa estas virtudes y se las estimula? ¿Será mejor ser pícaro ó un zote que hombre de bien y de talento? Combatamos Sr. Vela el vicio, el crimen, las depravaciones donde se los encuentre, estén con tiara, ó con mitra ó coronados de Emperador ó Rey, ó con la banda presidencial; estén con bonete ó con capilla, con toga ó con vara en la mano; con charreteras y espada; ya tenga en sus manos bolsas de oro, ó repartiendo gracias. ¿Por qué se los ha de perseguir tan solo cuando se los encuentra en la pajiza choza del pobre, ó la tienda ennegrecida del infeliz proletario? Si así no se procede es mala fé, es alentar la inmoralidad; y la perfidia se ostenta triunfante, los vicios cunden, la sociedad se pierde. Honrar la virtud, combatir el vicio de todos modos, es la misión que tiene el hombre en la tierra ordenada por el Criador.

Pero U. Sr. Vela que parece muy al propósito para tomar alguna medida, si no para estirpar, al menos para impedir la propagación de esa raza de serviles y moscardones que vuelan de rama en rama chupando la miel de la rica flor, llamada tesoro público, colocada en las arcas del palacio; y antes que con su aguijón venenoso de la depravación, las taladren, chupen la miel de esa flor, la dejen sin jugo y la sequen, fabrique un bieldo de fuertes minbres para aventarlos antes de que hagan ovaciones como las langostas. ¡Cuánto le agradeceríamos! en lugar de estar meditando como más ha de insultar á su compatriota estimable.

Dignos de mercedida alabanza, habrían sido si

« todos esos traidores hubieranle dicho como circe-  
ros amigos: nosotros conocemos que el golpe de Esta-  
do que le invitan dar, no es conveniente ni hon-  
roso, es una traición á sí mismo y un crimen de le-  
sa Patria, es deshonorarse U. y á su partido; si se em-  
peña en ello, tendremos pena de no ayudarle, ni  
apoyarle, y , sentiremos como amigos y agradecidos  
del comportamiento franco, noble con que nos ha  
tratado, estar neutrales si no nos escucha. O pro-  
cediendo mas hombres, decirle: caso que U. se nie-  
gue, plegaremos á sus enemigos ya que nos pondría  
en ese caso preciso ; Que fama no hubieran me-  
recido! Pero con la ruin, sucia, detestable, asque-  
rosa conducta como vá fielmente descrita ;no mere-  
cen unos se les arrime sendos látigos; y otros, esos  
de tres, cuatro veces cara, se los meta de legos á  
dos conventos, y los disciplinen así penitencián-  
dolos. ? Pero no se nos pase en silencio aquel mo-  
delo de ruines palaciegos.

Fué uno de los instigadores para la revolución  
del 8 de Setiembre; fué compañero en los combates  
que se dieron; fué Ministro del General Veintemi-  
lla, y en cada besamano, ó convite que daba, toma-  
ba la palabra y le comparaba con los Alejandro,  
Darios, Exipiones, Napoleones, Bolívares, Sucres, y  
le faltaba sacar de las tumbas todos los hombres  
grandes que habia tenido el mundo. Le hizo com-  
padre de dos hijos que le nacieron; le instaba á por-  
fia se hiciera proclamar dictador, ofreciéndole él  
verificar la proclamación; redactó el acta de ella;  
pero llegado el día, delante de muchas personas,  
proximo á la marcha, de ese General, á Guayaquil,  
le suplicó no la verificara; por que le dijo: que te-  
nía se enfermara en el camino, ó que si hubiera la  
fatalidad de su muerte, el país se hundiría en un  
abismo y sus amigos desaparecerían; que nada im-  
portaría su muerte (de Vernaza) ó de otro, puesto



que existiendo su amigo, todo iría bien. En el camino cuando, se fué Veintimilla, al despedirse y abrazarlo, lloró, si no mas, almenos como una Magdalena. Pero aun hay que notar: dicho General, la vispera de su marcha, reunió los jefes y oficiales de la tropa, y dándoles las gracias de su amor y buen comportamiento para con él y el pueblo, les dijo: aquí queda mi Ministro y compadre Vernaza en mi lugar, seré mas agradecido de vosotros, si cumplís **fielmente sus ordenes**: esto lo dijo á presencia de muchos sujetos, según se nos ha informado.

Auséntase el compadre, comienza sus manio- bras de traición: se pone de acuerdo con los con- servadores, y llegado el día para proclamar la dic- tadura, prepara los cuerpos para hacerse él procla- mar; y esta alevosa perfidia se hubiera efectuado, si la tropa no hubiera sido fiel; y si el valor, y la intrépida resolución de la señorita Marieta, no le hubieran impuesto á ese cobarde ruín, éste hubiera degollado á esa jóven inteligente, y á su familia; siendo además, el verdugo que á su compadre le hubiera llevado al patíbulo. Lo relacionado, es to- do verdad, porque son hechos públicos y contem- poráneos, que nosotras mismas vimos, y palpamos.

Ahora bién, Señor Vela, ¿qué haría Ud. con éste? No dudo que quedará suspenso, sin poder dar su parecer; nosotras creemos que el látigo no es suficiente, y solo juzgamos que Dios lo debe sepul- tar en el infierno, para que allí los diablos lo vuel- van á sacar á palos; porque les sería muy insopor- table que, á la desgracia de estar condenados á un fuego eterno, sufran la desdicha de tener á su lado, un tan extraordinario infame.

Un sujeto, lleno de méritos por su lucido com- portamiento, sobresaliendo entre sus recomendables y bellas prendas, la beneficencia con todo desgra- ciado. Tuvo un amigo que lo reputaba por muy fiel,

que debía serlo, por los grandes é importantes servicios prestados á él y su familia, y la obsequiosa y fina manera como los trataba cada vez que iban á visitarle. Estaba para hacer un viaje á Europa, y dilatarse allí bastante tiempo. Tomó á su amigo y le dijo: Ud. sabe que se acerca el día de emprender mi marcha, y en nadie, sino en Ud. debo depositar toda mi confianza. Para que Ud. se haga cargo de todos mis bienes y negocios, y, á fin de que no tropiece en nada, le dejaré un poder amplio para todo; partiré contento y viviré allá tranquilo, porque Ud. no solo los manejará perfectamente, sino que los hará adelantar. Él le contestó enternecido; le dió las gracias por tanta bondad y confianza; le juró que por lo mismo, y por tan innumerables beneficios que él y su familia habían recibido, no solo cumpliría con esmero, sino hasta con escrúpulo su cometido. Dióle el poder, al gusto del amigo; llegó el día de despedirse, y el tal amigo, al abrazarle, lamentaba él y su familia, y á gritos decían: ¡se vá nuestro padre, nuestro benefactor!

Desde ese día el infame, después que se hizo cargo de fundos, casa, negocios, de su bienhechor, comenzó sus pérfidas maniobras: para no dilatarlos más, vendió todo y se marchó con su mujer é hijos, sin saber por donde ni á donde; más, antes de huirse, escribió á su poderdante, que todo iba bien, y le pintaba los progresos que había hecho y hacía. Tranquilo, contento y agradecido creyendo ser verdad los engaños de su desleal amigo, mandaba buenos regalos para él y su familia.

Cuando regresa de Europa, entra en la ciudad y se dirige á su casa; pero los dueños le mirarán como á huesped. Atónito pregunta por su amigo, y le contestan: que la casa la había enajenado, lo mismo que sus fundos y todas sus cosas, diciendo

que reducía á dinero para mandarle á Europa, porque así le ordenaba su dueño, y que él mismo se puso en camino para irle á dejar. Con tan triste nueva, y viéndose sin recursos, estaba al perder el juicio; y no pudiendo soportar la perfidia, le dió fiebre y murió en la última miseria,

Si esto hubiera pasado con Ud. Señor Vela, ¿qué hubiera hecho con este malhechor?: Ud. dirá que lo hubiera buscado hasta encontrarlo, y que no se hubiera contentado con destaparle los sesos, sino que le hubiera tragado, si le fuera posible. Nosotras decimos: lo hubiéramos latigado, hasta dejarle tristes recuerdos de su traición alevosa, y púéstole un sello en la frente, para que todos le detestasen hasta después de su muerte.

Un hombre sin ser ofendido, á sangre fría, cobarde, se encubre tras el anónimo ó pasquín; ¡jama más infame que el puñal del bandido, que priva de la vida á un inocente pasajero! puesto que éste quita la vida, y el otro quita la honra, de mas aprecio que la vida. Ha herido mortalmente la honra de una esposa, de una hija de familia ó de una familia entera, que gozaban de brillante reputación, atribuyéndoles hechos inauditos; pues es culpable para que, el esposo, la mujer, las hijas y todos se hostilicen, se estropeen, se persigan por los celos; que esa casa, donde risueñas se paseaban la unión, la calma, la paz y el placer, se convierta en un guirigay, en un infierno; que en el público, unos dan por cierto los hechos publicados; otros se ponen perplejos; estos, vacilan en la duda; en una palabra, la fama de esa familia está perdida; y por el desconcierto de ella, sus intereses comienzan á decaer y se pierden; como así sucede en tales casos ¿quién es el responsable de tan graves males, ocasionados á esa buena familia? El malhechor pasquinero; luego, Señor Vela, látigo y más látigo, con él.

En vista de los cuadros que, aunque, tan à la ñjera y à grandes rasgos acabamos de bosquejar, y que por la brevedad misma, no nos detenemos à darles el colorido y la animación que merecen. hombres y hechos tan detestables, y por desgracia harto comunes en nuestro suelo; y, aun cuando nos dà rubor y pena, preciso es confesarlo; nuestra sociedad marcha à pasos de gigante à un desbarajuste moral; pues vemos cada día ergir su espantable cabeza una turba horrorosa de viles, alevosos pasquineros calumniadores, soeces, traidores infames, hipòcritas detestables, ambiciosos ruines, soberbios ridículos, sabios estultos, aduladores descarados; y ascender y ser colocados en lugares propios solo del talento, la virtud y la probidad.— ¿Que haremos Sr. Vela con ellos? U. dirà acaso que sería bien guillotinarlos à todos ó desterrarlos à los desiertos del Africa central, donde habitan los tigres, las panteras, los chacales, únicos entre quienes tales gentes deben vivir.— Nosotros no pensamos así; pues creemos que esto no serviría ni para reformarlos, ni evitar su reinsidencia; por que las penas deben ser tales y tan eficaces que sin destruir al criminal, lo pongan en estado de corregirse y de ser ejemplares; esto es, de que nadie se atreva à hacer lo que esos desgraciados hicieron. Las penas que U. dice no tienen estos caracteres; las unas hacen desaparecer al criminal destruyéndolo en un momento, causando una violenta sensación en los espectadores, la que desapareciendo, à pocas horas, no deja en las masas del pueblo sino la memoria de un acto cruel, al que poco à poco se hace indiferente; y en el que las sufre, es instantanea, y pasa à la otra vida con el reato de satisfacer à los ofendidos los daños y perjuicios que les ocasionó. A más de que, para nuestra opinión; nadie tiene derecho para quitar la vida à hombre

alguno por criminal que fuera, existiendo otros medios más racionales para corregir, enmendar los hombres y prevenir los delitos. Esta verdad que se ha proclamado hace ya siglos, ha ido triunfando, y triunfando sobre las preocupaciones e ideas añejas, hasta que la vemos entre nuestros aferrados á estas, abriéndoles los ojos; y espresando que desaparecerá la pena de muerte de nuestros códigos, luego que haya penitenciarias seguras con buen régimen. Ya habrá visto U. tal concepto en la memoria de un Ministro de justicia, beneficencia, culto, frenético conservero, apasionado fanático por las cosas de ahora de mas de 2,060 años, suspirador por la Sta. Inquisición.

¡Bravo! Pero, adelante Sr. Ministro: merece se le diga, si cree que no es suficiente ese panóptico que tenemos, póngase; en obra de uno mejor; yo y mis amigas terciarias y más patriotas, es decir, entusiastas por tan importante bien, iremos á pisar el barro, moler la argamasa, conducir los materiales todos para esa obra; moveremos hasta el frío, apático, vituperable egoismo de nuestros ricos que para nada de interes comunal se mueven su alma y su corazón pegados á la codicia de aglomerar en sus arcas el oro y la plata; y como si fueran antipodas para su Patria, no ven sus necesidades, ni saben hacer lo que á ellos mismos les convendría. Para llevar adelante y ejecutar ese pensamiento no dudemos, que no tendrá necesidad de servirse de mentiras misticas; toda persona de juicio, se prestará con placer.— Solo una bella paisana inteligente ha dejado un recuerdo que honrará siempre á ella y su honorable esposo: la Sra. Dña. Virginia Klinjer y el Sr. Carlos Aguirre: dos estatuas deben colocarse á la entrada de San Carlos, que recuerden esos nombres y estimulen á los otros ricos, despierten del letargo en que yacen y se mue-

van á dejar bien parado sus nombres, que hasta ahora no son sino como los zanganos junto á las industriosas abejas, con excepci3n de algunos.

No le justificamos, si convencido como est3, ser injusta, temeraria, insufrible la pena de muerte, como, opuesta á las luces del siglo, á las ideas y sentimientos de los hijos del dulce, piadoso, tierno Redentor, continúe ejecut3ndose esa pena, por que no le salva la responsabilidad ante Dios y su Patria hacer lo que en su conciencia es injusto bajo el pretxto de no haber cárceles seguras. Esta es una medida f3cil de obtenerla, y decir lo contrari3, ser3a una vergüenza para el Gobierno, si se quiere para la Rep3blica entera. Lo injusto, lo malo debe estirparse pronto, pronto, breve, breve, sin perder un instante. No siga, U. Sr., ese paso de tortuga que han seguido nuestros gobernantes en las mejoras necesarias, ni ese procedimiento lento, perezoso de esos Ministros, que se han asemejado á esos pericos lijeros, de quines se dice, que para mover una pata, dan ayes y alaridos, y alcanzan dar solo un paso en un d3a; y terminan su cometido dejando las cosas lo mismo 3 peor que antes. Uds. quiteños, mu3v3nse con el genio y gracia de sus paisanos; y al terminar 3 dejar su cartera, dejen gratos recuerdos en el coraz3n de sus compatriotas.

Le indicamos, s3, que la penitenciar3a que hoy tenemos solo necesita un buen r3gimen, sobre todo que siempre se la ponga bajo la direcci3n de sujetos respetables, intelijentes, muy hombres de bien; dot3ndoles con rentas buenas, y todo se conseguir3. No se necesita para que dirijan esos establecimientos, personas groseras, ignorantes, crueles, verdugos, asquerosos; y que á estos viles se les d3 el calificativo ir3nico de en3rjicos, como antaño; estos, no son ni aparentes para manejar, los puercos,

ó los burros:

Las otras escarmentando á los criminales, no estan predicando á todos para que no cometan los mismos crímenes, con las mismas ó peores circunstancias agravantes. Ya vé U. ¿como un compatriota no ha vuelto á hacer pasquines? Las brechas de cierta parte, que le asoman aún por encima de los calzones estan aconsejando á todos, todos los días, y á cada hora, á cada instante: no seáis, no seréis jamás, jamás, nunca, nunca, pasquinos ni con el pensamiento. Yo cometí ese infame y alevoso crimen, por eso llevo esas brechas que las notais; me arrepiento una y mil veces, no lo volveré á cometer aun cuando Caamaño, Salazar ú otro me pagaran miles de onzas de oro, ó me hicieran General ó Príncipe no me afrentara otra vez. Ahora vivo y viviré, hasta que terminen mis días, procurandó lavar esa mancha, siendo hombre mas circunspecto y atinado.

¿No es cierto que con este remedio se corregirían y lo mismo predicarían los traidores, los aduladores, los calumniadores, los empleomaníacos, los ruines, los serviles, poniéndoles surcos gruesos en las posaderas, cosa que se perciban por encima de los vestidos sin necesitar de anteojos? Este hecho bastaría para probar la verdad de nuestro acerto; pero vamos á fundarlo en otro mas significativo mas hermoso, si así se puede expresar.— Pero no pasaré en silencio sin haceros notar, que los hipócritas fariseos son peores que satanas. Este no se atreve á penetrar en el templo, y antes estrepitosamente reventaría que profanar la hostia santa, immaculada, que es el cordero vivo, oculto en ese pan que es un accidente; pero el fariseo, profana con descaro el confesonario, y poniendo en su boca sucia, la lleva á su corrompido pecho; y es tal la paciencia y bondad del Salvador que le sufre tanta

maldad y no le convierte en cenizas ¡Será malo darle látigo y látigo.?

En los libros santos, en ese libro sagrado, la Biblia, allí donde los que gobiernan encuentran preceptos, doctrinas, ejemplos para dirigirse con acierto, y desengañarse que están autorizados para matar, y disponer á su antojo de la suerte de los pueblos y sus riquezas; allí donde el filósofo, el teólogo, el moralista, el lejislador, el historiador, el poeta, todos, todos, hasta el rico y el pobre encuentran enseñanzas admirables para escribir y para obrar, por que hay todo para todos; allí encontramos un hecho que habla muy alto para correjir los defectos de la lejislación penal, y proscribir todo lo que es derramar la sangre del hombre y privarle de la vida.

Cain mató á su hermano virtuoso, inocente, santo Abel. Le llama Dios, le reconviene, le maldice. Asustado el reo con tan espantoso anatema, dice: entonces, “¡cualquiera me matará!” Nadie, le contesta Dios, matará á Cain; por que el que se atreva á matarle, será siete veces castigado; y Dios que pudo con sólo una palabra haberle privado de la vida, ó hecho bajar del cielo un rayo y convertirle en cenizas, á ese horroroso fratricida, le sella con un estigmate perpetuo para que todos lo miraran con espanto, como el matador de su inocente hermano; para que el mismo recuerde cada instante el maldito atentado cometido; para que su desasociego, su aturdimiento, su desgracia, sirvieran de lección á que otros admirados no se atrevieran seguir su ejemplo horripilante; y para que el mismo, con los incesantes remordimientos de su conciencia, arrepentido, compungido, vuelva su alma y su corazón á su Dios y le pidiera perdón ofreciéndole ser bueno, virtuoso, un ángel.

¿No vé U. Sr. Vela en este pasaje aplicadas



todas las propiedades que debe tener una pena justa, un modelo de las penas! ¿No nota cuanto amó Dios la vida de su criatura hecha á su semejanza.? Alejeinos Sr. Vela, estos crímenes atroces, pintémoslos con los funestos colores que merecen; persigámosles á sol y sombra, para que no se diga que somos los Ecuatorianos un pueblo de corrompidos, ó un conjunto de salvajes; ataquémosles donde se les encuentre, y habremos cumplido un deber.

El actual Jefe del Estado, dá en esto grandes esperanzas. A un valiente, resuelto é intrépido mandatario le basta un día, una hora, un instante, para ejecutar una grande obra. Cuatro clases de dañinos mortales habitan en la República, y se van fomentando; y si no se procura extirparlos, la República no dará un paso adelante. Los fariseos de todas condiciones, los ladrones del tesoro, los traidores y esos de tres, cuatro caras, medios algo, medios nada. A los ladrones, Señor Presidente, al panóptico; á los fariseos y traidores, deles látigo á todo brazo; y á los de dos, tres y cuatro caras, despreciándoles, pongales de legos en los conventos. Ejecute esta obra importante y nada tema, que á los ciudadanos buenos, amantes de la honra de su Patria y de su bienestar, no les faltará para defender y sostener á su benéfico Magistrado, un remington, una lanza, un palo, una piedra. Si deja á estos vichos nocivos á la Patria, la dejará expuesta á repetidos y constantes parasismos, y su muerte será casi segura. Animo, Excmo. Señor, y merecerá un abrazo de gratitud de todos sus honrados compatriotas, que sabrán poner su nombre en los cielos.

Hasta aquí llegó la lectura, y se suspendió, porque las señoras le dijeron que deseaban saber cuál era su nombre y apelativo, que antes no le

habían preguntado por recelo, pero que ahora deseaban imponerse, por el interés que inspiraban sus excelentes prendas. Dándoles las gracias, les contestó: Mis padres me habían hecho poner los nombres de Aurora, Ventura. Cuando tuve el uso de razón, y me hice cargo de lo que éramos las humanas criaturas en la tierra, me parecieron esos dos nombres muy significativos, y que mis fuerzas serían incapaces, por más empeño ó estudio que empleara de corresponder con mis hechos á lo que ellos expresaban; y que talvez en mi corazón y en mi alma hicieran brotar sentimientos de vana gloria. Buscaba y pensaba encontrar nombres que me recordasen que solo estaba obligada á cumplir deberes en favor de mis conciudadanos, esto es, de mi patria. Yo, me decía: nada, nada en la vida merece más gratitud, más amor, mas decidido interés, que el suelo donde vimos la luz por primera vez; allí donde se meció nuestra cuna, en ese suelo donde resonó el acento de nuestro primer gemido con que saludamos á la vida; allí donde con nuestra primera sonrisa pagamos el indescriptible amor de los autores de nuestros días; esos lugares donde jugueteando se deslizó la infancia; y entre arrebolados cielos y dorados sueños la adolescencia; allí donde se nos educó é instruyó en la edad juvenil y pasamos dias risueños con nuestras condiscípulas y amigas; allí donde están nuestros ayos, nuestros maestros, que robustecieron el alma y el corazón con sus enseñanzas y sabios consejos; ahí está todo cuanto nos ha sido menester durante nuestra peregrinación sobre la tierra, hasta hundirnos en la aterradora huesa, y aún más, cuanto nos debe asegurar la vida en el futuro siglo, mediante la práctica de las virtudes y ejemplo que nos legaron aquellos que nos precedieron. ¡Cuánto no debe, pues, hacerse en obsequio de esa Patria; esto es, de los hermanos

con quienes una está destinada por Dios para vivir en sociedad! Pues, bien, me dije yo misma, debo llamarme "La Patriota", y como mi padre se apellidaba "Entusiasta" y mi madre "Esperanza," mi nombre y apelativo es hoy *La Patriota Entusiasta*.

¡Viva nuestra simpática é interesante amiga *La Patriota Entusiasta*!: gritaron á un tiempo todas las señoritas, dando un estrepitoso palmoteo.

Yo, señoritas, prosiguió la anciana, yo, he profesado un íntimo y especial amor á mi patria, á mi heroica patria de esa época que sin razón se le dá el epíteto de *Patria boba*. La Patria, queridas amiguitas, que en esos tiempos fué la de los hombres de honor, abnegación y buena fe, de sólida piedad, nobles y elevadas aspiraciones; heroico valor y desinterés ejemplar. Su único amor, su encantadora ambición fué la dicha y prosperidad de su patria; y ante ella y por ella generosamente sacrificaron sus títulos, sus tesoros, su tranquilidad, sus honores y la vida, con tal de que en el amado suelo de la Patria se aclimatara, un día, el frondoso árbol de la Libertad. Convencidos estuvieron de que ellos no probarían de sus opimos frutos; pero la esperanza de que sus hijos los gozarían, les hizo no trepidar en el sacrificio. Estos sublimes y admirables sentimientos dominaban en el alma y el corazón de todas las clases de la sociedad; en los nobles y condecorados, en los Obispos y el clero, en los más virtuosos y sabios, en los artesanos y plebeyos, y hasta en las mujeres cuyo entusiasmo rayaba en delirio por la Libertad, extendiéndose su influencia hasta el silencioso y místico recinto de las vírgenes consagradas al Señor. Convencidos se hallaron todos de que la libertad, basada en la justicia y el deber, lejos de estar en pugna con la divina doctrina de Jesús, antes sí era la natural emanación de élla, pues que el dulce y benigno Salvador enseñó al gé-

mero humano la manera de ser libre; según la voluntad divina que crió al hombre con facultades para trabajar en su perfeccionamiento en el tiempo, tal que le facilitara el camino para llegar al fin para que fué criado; es por esto que no hay lugar de la tierra donde el lábaro de la cruz haya flameado victorioso, que no haya llegado á conquistar su libertad abatiendo el despotismo y la tiranía.

¡La patria, de ciudadanos de esas condiciones de esas brillantes, heroicas virtudes, debe desmerecer calificandola de "*La patria boba*? ¿Qué calificativo merecerá la de esta época cuando no se encuentran sino por casualidad esas virtudes cívicas y domésticas, esa incontrastable piedad y fe, tan comunes en esos brillantes tiempos de nuestros predecesores? ¿Hoy no se flora, no se honra con bajeza y degradación la memoria de tiranos gigantes que tuvieron el suelo de la patria con la sangre de los que la vertieron en otro tiempo para darle libertad; por esos bapuladores del valor, del mérito, de esos que persiguieron la virtud, la lealtad y el honor, cuya feroz venganza se cebó hasta en los ministros del culto? ¿Sembraron la semilla del fanatismo y de los vicios mas detestables, y han dejado los frutos del mal hasta no se cuando! Hoy completamente han desaparecido de nuestra amada patria esas gloriosas virtudes.

No es la mayor de las degradaciones? Los hechos de los tiranos deben traerse á colación cada año, cada mes, cada instante; y afearlos con los negros colores cual se merecen, es un deber de los pueblos libres para que no se repitan jamás.—Jóvenes compatriotas: resolvéos primero morir antes que consentir la oligarquía, y que escale á la presidencia nadie que escarnezca, que humille la República burlándose de sus instituciones y pisoteando los derechos de ciudadanos libres, y dilapide sus

caudales.

¡Ay! queridas amigas: nuestra desgracia, nuestra fatalidad consistió, en que las cadenas que rompieron nuestros progenitores, se sustituyeron con el imperio del sable y de la lanza, manejados por una soldadecza inculta. Otra habría sido la suerte de la patria regida por el excelso Bolívar, ó por el filósofo, desinteresado, honrado y virtuoso, admirable Sucre ¡Cuántos malos y detestables ejemplos dieron! ¡Cuántos vicios no conocidos nos legaron esos en cuyo poder cayó! Víctimas somos hasta la presente de esos ejemplos y de esos vicios! Un quiteño rico, notable, muy patriota, que perseguido por los godos fué á Europa, de nobles ideas y sentimientos, experimentado é inteligente, el Sr. Dr. Guillermo Valdivieso, muy amigo del Libertador, compadre del Sr. General Flores; cuando este Sr. estuvo de Presidente, le dijo: "Compadre, ustedes, los militares no sirven para mandar los pueblos; acostumbrados á la vida de cuartel, á la guerra y las batallas, son como los perros galgos de caza; cuando se necesita cazar, se echa mano de ellos y se los suelta; y ejecutada esa operación es necesario volverlos á atar."

¡Oh qué distinta hubiera sido la suerte de nuestra patria siendo regida por sus propios hijos desde el instante que se libertó del poder de España! La prudencia, la sensatez, la hombría de bien, el valor, el sincero y verdadero patriotismo, sin faltar talentos y saber, eran sus virtudes predominantes, virtudes suficientes para gobernar con acierto la cosa pública; nobles prendas que se han corrompido ó desaparecido por los malos hábitos de aquellos en cuyo poder cayó. Los ecuatorianos no necesitaron de pedagogos ¡y de qué pedagogos! como no los necesitaron los demás pueblos que se independizaron. Un pueblo, el primero que concibió la idea

de proclamar la independencia, y que tuvo el arrojo de ejecutarla en medio de millares de *godos*, enemigos feroces, claro está que contaba en su seno hombres capaces para dirigirlo con acierto y de un modo honroso, como queda dicho.

A Vos Excmo. Dr. Flores, en cuyas manos está el timón de esta nave que ya zozobra, cumple hoy conducirla á puerto seguro; acordándoos de que sois quiteño, hijo legítimo de este infeliz bajel, cumpliendo vuestras allagüeñas y patrióticas promesas, podeis librarlo de sumergirse y de que se ahoguen tripulación, pasajeros y cuanto lleva á su bordo: todavia teneis tiempo, un día basta para hacer una grande é imperecedera obra. Apartad de Vos á los oligarcas y terroristas, contened á los ambiciosos, echad á puntapiés á los aduladores descarados, á los que solo quieren vivir del tesoro público, mandadlos que aprendan á comer el pan con el trabajo. Mandad al panóptico á los fraudulentos y pe-tardistas, no os detenga ningun miramiento por los de la argolla. Mostráos un magistrado enérgico, probo y justo; y os hareis digno de una corona de oro incrustada con lucidos diamantes; os cubrireis de gloriosa fama, y vuestro nombre inmortal brillará en la posteridad en una página luminosa de la historia.

Pero, mis buenas amigas, no solo se ama con entusiasmo á los compatriotas; se experimenta un vivo afecto por cuanto una ha visto, ha oido, ha tocado, en una palabra, por todas las cosas que han pulsado los sentidos: se ama las ciudades, los pueblos, las casas de campo, las humildes chozas de los pobres, porque á todos estos está unido el corazón, pegado por mil ideas y sentimientos, ya tristes, ya placenteros: se quiere en sumo grado las montañas, los bosques, los prados, las llanuras, las quebradas, las cataratas, los lagos los ríos, las ver-

tientes, las cascadas, los árboles, las plantas, las flores, las frutas, las mieses, los animales, las aves, &c. &c. y hasta el sonido de las campanas de las torres de la ciudad, donde ha pasado la mayor parte de sus días. ----

Aquí paró, y viendo su reloj, dijo: amigas mías ha sido tarde; siento no continuar, porque aun ustedes necesitarán ir á sus casas á comer; dispensadme que talvez he sido importuna.—Todas le contestaron que ellas sentían más dejar de oírla, que su complacencia habría continuado escuchándola; pero que se consolaban porque muy pronto tendrían el placer de volver á oírla.—Ella les dijo: que la citarían para el día y hora que tuvieran más oportunos, y que entonces les hablaría sobre lo que dejaba suspenso, que era hacerles conocer lo cruel que era la pena del ostracismo ó destierro, que para ella era peor que la muerte, con la cual la comparaban. También les ofrezco, dijo, manifestarles, mi opinión sobre Eloy Alfaro, caudillo del partido radical, según así lo cree el Dr. Vela; cuando exprese el concepto que he formado y merece este *famoso caudillo*, hiperbólicamente irónico, no dudo que se le alborotará la bilis al dicho Dr. más de lo que le ha sucedido por los conceptos de la señorita Marieta, á quien por la verdad con que se expresa, la injuria atrocemente.

Una de las señoritas le dijo: que deseaban también saber el concepto que hubiese formado sobre el gobierno de los pentaviros y la Convención de los restauradores. ¡Ah! dijo: lo emitiré con toda franqueza; y por lo pronto, antes de describir lo que fueron, os diré mis amigas queridas, que debemos rogar á Dios de todo corazón, no vuelvan á repetirse esas monstruosidades funestas, porque serían dos manchas negras más que con el tiempo, y el adelanto de las ideas, ensuciaría la his-

toria triste de nuestra querida Patria. ¡No estamos lamentando los fatales resultados de cuanto hicieron esos aciagos personajes? ¡Qué bien, qué adelante les deben los pueblos? Si por fortuna el actual Presidente, que por casualidad resultó, no hubiera sido bastante atinado para dirigirse, los ciudadanos se hubieran matado ya.

Otra le dijo, puede ser que Ud., digna amiga, sepa algo sobre el progreso de los pueblos de la región oriental, que están apoderados los Padres misioneros y las monjas extranjeras--Ud., creo que habla de más á mas claro. A mi ver, no están apoderados, sino entusiastas y santos misioneros; con todo, les voy á referir lo que oí ahora días. Estuve en una tienda de comercio, y se presentó un estimable señor, de buenos modales, parecer, y muy arreglado: saludó á la señora dueño de la tienda como amigo; le preguntó los precios de varios efectos, y ella le dijo: sin duda Ud. trata de comprar para llevar al Oriente ¡Al Oriente! contestó, con aire de espanto: nó, mi buena amiga; estoy resuelto á no volver más: perderé todo lo que me deben en esos pueblos, y con la misma resolución están todos los pobres comerciantes compatriotas, de salir y no regresar. Y por qué? preguntó la señora. Porque los santos misioneros se han convertido en especuladores comerciantes; introdujeron un gran surtido de artículos de comercio, que hasta la casa donde habitan se estaba hundiendo, y tuvieron que construir otra; obligaban á los indios que á ellos solo les han de comprar, que les darán mas barato; y en verdad que así tenía que ser, porque compran é introducen con mil ventajas. Eligieron de Gobernador á un cholo estúpido Alban, luego que salió á Quito el señor Mosquera Gobernador mandado por el Gobierno, que no deja de ser un buen....., hombre; y ese tal Alban, que no es



más que criado de los padres, ordena á los indios que solo al padre *Yaya* le han de comprar, amenazándoles con el cepo y desollarlos. Qué quiere decir *Yaya*, preguntó la de la tienda. En quichua quiere decir, primer padre; así llaman á los mochos padres en las manadas de ovejas, al caballo padrote en las yegüerías, y en las vacadas al toro padre, y con alusión á éstos es que los indios llaman *Yaya padre* al que corre con el negocio. Más ay, dijo el sujeto, ese Alban y otros aseguran, y talvez oírán á los mismos Padres, que ese negocio de comercio es en compañía con una matrona muy respetable, y otros, que es con un eximio Magistrado. Pero yo ni los otros comerciantes hemos creído tal cosa, porque es difícil que una Señorita tan caritativa, tan bondadosa, sea capaz de causar tantos atropellos, como se están cometiendo, mucho ménos un Magistrado muy sumiso y respetuoso de la Constitución y las leyes, y es por otra parte muy caballeroso y delicado; esos respetables nombres los han de tomar por obligar mas; y esos actos que por allá se estan ejecutando, no pueden ser mas refractarios de la Constitución y las leyes. Esto dijo, y se despidió.

La tendera dirigiéndose á mi, dijo: este sujeto es verídico, y como yo también he leído cartas que dicen lo mismo, y otro tanto han referido varias personas que han salido de esas regiones, estoy por creer; pero para mayor seguridad y hablar sobre este asunto como es debido, espero los datos sobre todos los particulares que por allí acontecen.

Diciendo esto, se despidieron todas, comprometiéndose para otra ocasión.

---

ERRATA. Pág. 13 línea 4, dice, leones—leopardos.  
„ Pág. 16 línea 29, dice, cinco—léase tres.

---